

La cuestión feminista en Aristóteles

La inferioridad de la mujer por respecto al varón tanto a nivel biológico como racional ha sido una posesión pacífica durante milenios en la cultura occidental. Aristóteles, entre otros, ha surtido a los pensadores posteriores de las pruebas que testimonian dicha inferioridad. Para él se trata de un fenómeno obvio que no requiere de otro esfuerzo mental que el de la simple constatación. Lo mismo cabe decir por lo que se refiere a la actitud de la Biblia, de la Tradición eclesiástica, de Santo Tomás o de Freud. Con el advenimiento de las reivindicaciones feministas, las evidencias tradicionales sobre el tema se han visto sacudidas y desopinadas. Como suele ocurrir en semejantes casos, algunos autores se están azacanando más por rescatar a los filósofos y doctrinas antifeministas que por restaurar los títulos de humanidad de las mujeres. La Biblia no es tan antifeminista o no lo es en absoluto; el cristianismo ha salvado y defendido la dignidad de la mujer; Santo Tomás, bien analizado, no arroja un saldo patriarcalista; y, lo que a efectos del presente trabajo nos interesa especialmente, Aristóteles sostiene (en el fondo, por supuesto) la igualdad fundamental de ambos sexos¹.

En el presente artículo utilizamos el término *hombre* para designar a los miembros de la especie humana independientemente de su sexo. Para especificar éste empleamos los términos *varón* y *mujer*. Los de *macho* y *hembra* se refieren al principio masculino y femenino del reino todo de los vivientes, incluidos o no los hombres.

1. Véase como ejemplo de lo que decimos: GARCIA ALVAREZ, Emilio: *La humanidad femenina. Sobre la mujer como tema de la teología*, en *Ciencia Tomista* 109/2 (1982) 255-296, BERNAL PALACIOS, Arturo: *La Condición de la*

Ciertamente el Estagirita no hace gala de animosidad *militante* alguna contra la mujer (cosa que no puede decirse ni de la Biblia, ni de la Iglesia, ni de Freud ni de tantos otros), pero es claro el concepto cenceño que, por comparación al varón, tiene de ella. Su doctrina a este particular no es un intento de demostrar el desmerecimiento de la mujer, sino un simple ademán científico para mostrar en qué desmerece. Porque su menoría es una evidencia inmediata, un dato precientífico que en ningún momento es puesto en duda.

Espero que en las siguientes páginas quede bien establecida esta ideología aristotélica y que el lector se convenza fácilmente de que el discurso global de Aristóteles supone y confirma la inferioridad de lo femenino frente a lo masculino. Si algún que otro texto puede prestarse a una interpretación diferente, ello es más mérito de sus exégetas que de él mismo.

La gran palabra en la obra científica de Aristóteles es la de NATURALEZA. El concepto de la misma es el tema que primero abordaremos (I), como requisito lógicamente anterior a la exposición de la idea que tiene de la naturaleza de lo femenino (II). El hombre es, según su famosa definición, un animal político. Y la mujer es inferior a tenor de ambos ingredientes: como animal, es decir, biológicamente [1] y como miembro de cualquier comunidad, es decir, socialmente [2].

I. EL CONCEPTO DE NATURALEZA

Las cosas todas son lo que son y actúan como lo hacen en virtud de unos principios intrínsecos e inmutables que las constriñen a ello. Por eso su manera de ser y de actuar es constante, regular, repetitiva. Un fenómeno es natural cuando, en las mismas condiciones, se manifiesta siempre igual. Su regularidad, a la vez, arguye la existencia de una naturaleza, de unos principios fijos y permanentes en el ser concreto, que son

mujer en Santo Tomás de Aquino, en *Escritos del Vedat* 4 (1974) 285-336. CAFELLE, Catherine: *Thomas d'Aquin féministe?* Paris, Vrin, 1982. WINANDY, Jacques: *La femme: un homme manqué?*, en *Nouvelle Revue Théologique* 99 (1977) 865-870. WILDER, Alfred: *On the Essential Equality of Men and Women in Aristotle*, en *Angelicum* 59 (1982) 200-223.

causa de su uniformidad entitativa y operacional. La regularidad es una categoría empírica que nos conduce a la categoría conceptual de naturaleza. Tal «disciplina» puede ser total o en la mayoría de los casos. En cambio, lo que ocurre pocas veces ya no es natural, no tiene unas causas naturales en el sentido anteriormente dicho, sino diferentes: es fruto de la fortuna, del azar o de la violencia. «Las cosas todas que son por naturaleza, o actúan siempre igual o en la mayoría de los casos; no así lo que se debe a la fortuna o al azar»².

Los seres del universo pueden dividirse en dos grandes grupos: los naturales y los artificiales. Los primeros poseen por sí mismos el principio de su movimiento, mientras que los segundos, los fabricados por el hombre, se mueven en virtud de los ingredientes que los componen. Entre los naturales hay que distinguir a los cuerpos celestes, cuyo movimiento es perpetuo sin tendencia ninguna al reposo. Los otros, por el contrario, los sublunares, terminan sus moviciones —sean locales, de crecimiento, o cualitativas— en la quietud, fin de las mismas. Es decir, el ser natural se caracteriza por poseer un impulso innato al movimiento. Con una diferencia: los entes inanimados no salen por sí solos del estado de reposo, sino que se requiere remover el obstáculo que se lo impide —así, para que una piedra caiga se precisa retirar lo que la detiene—, mientras que los seres vivos inician por sí propios sus tropismos específicos, si bien a partir del alimento. Movilidad y motricidad naturales definirían la índole respectiva de unos y otros³.

Lo que llamamos principios intrínsecos e inmutables de los seres naturales, es decir, naturaleza, son para Aristóteles la materia y la forma⁴.

La materia es pura potencialidad e indeterminación. Ahora

2. Phys. II, 8, 198 b 34-36.

3. Cfr. W. D. Ross: *Aristóteles*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1957, p. 100 ss.

4. En la exposición del concepto de naturaleza en Aristóteles seguimos el estudio de MANSION, Augustin: *Introduction a la Physique Aristotélicienne*. Louvain-Paris, Vrin, 1945. En este apartado prescindimos de las referencias a los textos originales que pueden encontrarse en el autor citado.

bien, todo lo que existe, existe de una manera actual y determinada, concreta. Por eso, la materia llamada primera, esto es, el substrato de que se componen todas las cosas, no existe separadamente. Como tal es más bien una abstracción. Llegamos a establecer su existencia a través de los cambios que se realizan en el mundo. Cuando un leño se quema y queda reducido a cenizas, hay un elemento que permanece, el cual tenía la forma de madera antes y luego la de éstas últimas. Una misma porción de materia, por hablar así, se transforma, pasa de la organización propia de un leño a la de cenizas, agua, humo, etc.

La forma es el principio demiúrgico, el que estructura la materia y la sitúa, junto consigo misma, en una categoría concreta de existencia. En el caso del leño, la forma es el elemento que hace que la materia sea precisamente un leño y no una piedra, por ejemplo; que dispone y distribuye sus partes de tal suerte que sea un leño de pino y no de caoba, supongamos; y que ese leño de pino tenga unas cualidades entitativas y operacionales determinadas. Tampoco la forma en los seres naturales sujetos al movimiento y al cambio existe separadamente. Está siempre en alguna materia con la que constituye alguna entidad específica. La forma es un principio de determinación respecto de la materia, que es, como hemos dicho, entitativamente indeterminada: da el ser concreto y, en consecuencia, señala o predefine el modo de actuación de ese ser. La relación, pues, entre materia y forma es la de un elemento pasivo frente a otro activo, la de un elemento amorfo o deforme frente a otro configurador e *informante*. Comparativamente, la materia es imperfecta y pasiva; la forma, principio de perfección y activa. Y, puesto que lo imperfecto es por lo perfecto, la materia es por la forma en cualquier ser concreto o especie de seres en que se las considere.

La forma es asimismo el origen y la *causa* del movimiento natural. Dado que el término naturaleza hace referencia a los seres naturales en cuanto se mueven, es claro que la forma representa la naturaleza de una cosa primero que la materia. En efecto, merced a la materia un ser no es todavía nada ni puede, muchos menos, actuar. Es por la forma por lo que es; es

por la forma y de acuerdo con ella como realiza todos los movimientos naturales. Luego es la forma la que propiamente constituye su naturaleza y le da nombre. El elemento material no juega aquí ningún papel protagonista. En los seres vivos la forma o alma se identifica con su capacidad de moverse, crecer y reproducirse a un tenor determinado.

La forma es también el *fin* de las moviciones naturales en los vivientes. La forma agente, que asume el alimento y propicia el crecimiento, tiende a autorealizarse según su expresión específica. Propiamente hablando, la naturaleza de un ser vivo no se cumple en cualquier estadio de su desarrollo, sino en el estadio que finaliza su evolución perfecta. Un niño no es todavía un hombre, ni un potro un caballo. Tampoco los que entran ya en el declive de la senectud, los viejos, ejemplifican del todo la naturaleza. Los primeros porque aún no han alcanzado su colmo; los segundos porque ya empiezan a descolmarla. La naturaleza equina se muestra en toda su plenitud y naturaleza, valga la redundancia, en el ejemplar adulto de la especie. El es el objetivo del proceso de evolución y no al contrario. Este proceso está sujeto, para cada serie de vivientes, a un determinismo regulado, tanto por lo que afecta a la generación como al crecimiento. Los nuevos individuos no se forman al azar, antes vemos que el hombre viene del hombre y de una misma semilla salen siempre el mismo tipo de plantas. No tiene razón Empédocles al decir que el origen de los animales es resultado de un juego ciego de las causas eficientes, que reunirían caprichosamente distintos elementos o partes, dando así lugar a los seres más diversos, de los cuales sólo los bien conformados, los aptos para la supervivencia y capaces de resistir a las fuerzas destructoras tanto internas como externas, habrían sobrevivido. Las otras conformaciones —bovinos con rostro de hombres y mil monstruos más— habrían desaparecido. Cada viviente es una entelequia, un programa predeterminado en cuanto a lo esencial.

Pero, además, el fin que refleja adecuadamente la naturaleza de un individuo es el *bueno*, o *mejor*, que puede lograr la especie a que pertenece. Lo que quiere decir que la naturaleza

o forma de un viviente hay que buscarla y definirla tal como se da en los ejemplares que, a fuer de adultos o maduros, son los buenos o mejores de la misma. Se observa, en efecto, que el trigo no llega a granar en ocasiones, sino que se pudre en la espiga. Pero nadie afirmará que, aun cuando el trigo podrido haya sido el fin de hecho del proceso de crecimiento, sea ese el fin perseguido por la naturaleza y que el trigo pocho sea el natural. El natural, el que es pretendido por la naturaleza como su fin, es el trigo granado, el bueno. A veces, un trigo mejor que el corriente. Los individuos que no se alcanzan hasta este fin o meseta entitativa de su especie constituyen una desviación de la misma, son, como dice Aristóteles, unos monstruos. La naturaleza no se debe de definir por ellos.

Por supuesto, todo cuanto ocurre en el universo es natural, incluso lo que es resultado del azar o de causas deficientes, como los monstruos. Pero, no obstante, el orden, la regularidad, es lo característico del cosmos, y, dentro de una especie determinada, lo natural se cumple en los elementos constantes que siempre o en la mayoría de los casos están presentes en sus miembros individuales. Las desviaciones de este modelo arquetípico, si bien bajo el punto de vista del universo son naturales, bajo el punto de vista de la especie particular son paranaturales, monstruosas. Como luego veremos, la mujer es uno de estos casos.

II. NATURALEZA DE LA MUJER

La mujer pertenece a la naturaleza humana, pues cumple las condiciones esenciales requeridas para ello. Aristóteles dilucida expresamente esta cuestión. Es, sin embargo, una obra incompleta, una expresión deficitaria de lo natural humano, que sólo podemos encontrar en el modelo masculino de la especie, en el varón. El hombre es un animal político. En ambas dimensiones, la biológica y la social, es la mujer inferior al otro sexo.

1. NIVEL BIOLÓGICO

En todo el ámbito de los vivientes y en términos generales,

lo femenino es naturalmente inferior a lo masculino. Y ello desde cualquiera de los tres puntos de vista bajo los cuales queremos enfocar la naturaleza: como forma informante, como forma agente y como forma fin.

Lo masculino y lo femenino son diferencias en orden a la generación de los vivientes, plantas y animales. Todos los seres, en fecto, aspiran a lo eterno, mas los que son corruptibles y no pueden asegurarse la eternidad a título individual, la procuran engendrando uno o más individuos semejantes a sí mismos antes de perecer. Por eso la función más natural de los vivientes es la generación: el animal engendra un animal, la planta otra planta a fin de participar lo más posible de lo eterno y lo divino. En las plantas ambos principios están reunidos en el mismo sujeto⁵. En los animales están separados, si bien no en todos, como en los animales estacionarios, que no podrían moverse y salir al encuentro de su pareja. De entre los que se mueven, parece ser que algunas especies no tienen macho y que, por tanto, sería la hembra sola la que atiende a la reproducción; pero estas observaciones aun no han sido confirmadas. En cualquiera caso, allí donde el elemento masculino está de hecho separado del femenino, la hembra no puede engendrar por sí sola, sino que necesita del macho, de otra suerte éste resultaría inútil, no tendría razón de ser, cosa inaceptable, ya que la naturaleza, que en todo persigue un fin bueno y mejor, no hace nada en vano⁶. La razón de que ambos principios estén despartidos en las especies animales en que así es, hay que atribuirla a la mayor perfección de lo masculino, mejor y más divino que lo femenino. No es propio que estén mezclados. Por eso, donde ello es posible, la naturaleza los segrega⁷. El macho y la hembra pueden considerarse como una planta dividida. Cuando se aparean vienen a ser de nuevo como una misma y única planta⁸.

5. *De An.*, II, 415 a 26-b 7. *De Gen. An.*, II, 1, 731 b 20-732 a 1.

6. *De Gen. An.*, II, 5, 741 a 32-741 b 7.

7. *Ib.*, I, 732 a 3-9.

8. *Ib.*, I, 23, 731 a 11-14; b 5-8.

Los principios constitutivos de una cosa, en este caso de los vivientes, no son accesibles en sí mismos sino que se deducen de sus manifestaciones externas y operaciones. Lo masculino y lo femenino difieren en estos dos aspectos: la hembra es, en los humanos sobre todo, manifiestamente inferior al macho, y su dinamismo, con algunas excepciones, es menos eficaz. Ahora bien, las desigualdades aparentes se remiten a diferencias en los principios que las originan, pues pequeños cambios en éstos producen grandes transformaciones en sus efectos⁹. Es, pues, en el orden esencial y no sólo en los aspectos secundarios o accidentales donde reside la inferioridad de la hembra.

A efectos metodológicos, puesto que al conocimiento de la naturaleza se llega por el estudio de sus expresiones fenoménicas, hay que abordar en primer lugar el estudio de estas últimas para desde ellas ganar una noción de aquélla.

a. *Inferioridad operativa de la hembra*

Los procesos básicos del alma vegetativa —asimilada en los animales por la forma o psique sensitiva— son tres: el de nutrición, el de crecimiento y el de reproducción. En todos ellos se revela la insuficiencia de que adolecen las hembras al parangonarlas con los machos.

Nutrición

El proceso de la vida es concebido por Aristóteles a semejanza del proceso de maduración que se advierte en las plantas y frutos. La teoría basada en esta equiparación, exageradamente servil, constituye una de esas percepciones inmediatas, precientíficas, de que nos habla Bachelard¹⁰. Formaba parte de la tradición médica griega, de la que Aristóteles es tributario. Se trata de una simple teoría culinaria que se aplica a los procesos mencionados, pero que se cumple de manera más cabal en el de nutrición. Esta, en efecto, estriba en la incorpora-

9. *Ib.*, 2, 716 b 3-12; IV, 1, 764 b 28; 766 a 24-30; V, 7, 788 a 13.

10. BACHELARD, Gaston: *La formation de l'esprit scientifique*. Paris. Vrin. 1980. ID.: *Psicoanálisis del fuego*. Madrid, Alianza, 1966.

ción de las sustancias provenientes del exterior. Tal apropiación, empero, no es directa, sino que las sustancias han de ser sometidas a una cocción —digestión— previa, de la que resultará el alimento asimilable.

El instrumento de que se vale el alma sensitiva para realizar las sucesivas coceduras es el calor. Un calor vital, psíquico, que no hay que confundir con el fuego, cuarto elemento. El fuego abrasa y destruye, mientras que aquél, con su calidez biótica, hace madurar y pone en sazón aquello a lo que calienta, al igual que el sol. Es más bien análogo a un quinto elemento, el elemento astral¹¹. Para lograr una buena cocción se requiere, como es obvio, que el animal disponga de la energía calorífica suficiente, pero también que exista una adecuada proporción entre ella y la humedad o sequedad, frío o calor de la sustancia sobre la que actúa. Si el calor es excesivo, habrá una combustión; si escaso, el alimento quedará crudo, agraz. Un calor de suyo apropiado no logrará rustir, dorar, un pábulo húmedo en demasía; si éste, en cambio, carece de la humedad adecuada, lo agostará. También lo seco y lo frío condicionan el buen resultado de un proceso de cocimiento¹².

Las materias provenientes del exterior son sometidas a una primera cocción —la primera de toda la serie— en el estómago, donde se forma como resultado de la misma el quimo. Este pasa a los vasos sanguíneos y al corazón, auténtico hogar o estufa del cuerpo animal. Aquí el quimo es cocido a su vez, dando como residuo final la sangre, nutrimento primero de los animales sanguíneos. La sangre es enviada a los distintos puntos estratégicos del organismo para ser allí rehogada hasta transformarse en los tejidos y órganos del cuerpo —huesos, carne, tendones, etc. Aparte de la sustancia final obtenida por estas cocciones, derivan también otras sustancias residuales, excedentarias, de muchas de las cuales la naturaleza, guiada siem-

11. *De An.* II, 4, 416 a 9-18; *De Gen. An.* II, 3, 736 b 29-737 a 7; 4, 740 b 31; III, 11, 761 b 13-21. Sobre este elemento astral neumático cfr. CLARK, Stephen R. L.: *Aristotle's Man*, Oxford, Clarendon Press, 1975, p. 202-205.

12. *De Gen. An.* IV, 2, 767 a 16-26; *Meteor.* IV, 1, 378 b 10 ss; 2, 379 b 12 ss.

pre por el principio de economía, obtiene aún provecho, mientras que de otras, por ser inútiles o perjudiciales, se desprende, como ocurre con los excrementos¹³.

La sangre es, pues, la materia prima de la que el animal va formando los diversos componentes de su cuerpo. Se requiere disponer en abundancia de la misma para cubrir adecuadamente los procesos vitales todos. Para su elaboración a partir del quimo hay que aplicar la energía calorífica suficiente, de modo que los animales que la tengan escasa obtendrán menor cantidad de sangre y mayor de substancia residual, ya que sólo lograrán cocer una pequeña parte de dicho quimo. Eso le ocurre a la hembra, lo que arguye que su naturaleza, su forma o psique, es frígida, con menos calor vital que la del macho¹⁴. Así se desprende del fenómeno de las reglas, que no es otra cosa que la expulsión de aquella sangre que no ha podido rehogar adecuadamente. Y la mujer es, entre todas las hembras de los sanguíneos, la que tiene los flujos menstruales más abundantes¹⁵. Muchos han pensado, al observar las menstruaciones, que la hembra poseía más sangre y, consiguientemente, una forma más perfecta, con mayor capacidad calorífica. Pero se equivocan, ya que la sangre femenina, la de los menstros, no es sangre pura, resultado de una buena cochura, sino sangre no madurada, agraz, impura¹⁶. Tiene la misma explicación que las hemorroides o la diarrea, que son también los residuos de una mala cocción debida a la falta de calor, si bien causados por una enfermedad, mientras los menstros son cosa natural¹⁷.

Esta frigididad anímica de la hembra se confiesa aún más a boca llena en su incapacidad total para producir esperma. El esperma es sangre cocida¹⁸. Si para ganar sangre ya se precisa-

13. *De Gen. An.* I, 18, 725 a 14-17; IV, 1, 766 a 30-b 9; *De Part. An.* II, 3, 650 a 34; 4, 651 a 15; IV, 4, 678 a 6-20; *Meteor.* IV, 2, 379 b 30; *De Juv.* 469 a 1.

14. *De Gen. An.* I, 19, 726 b 33; II, 1, 732 b 31; IV, 1, 765 b 8 ss.

15. *Ib.* I, 19, 727 a 22; 20, 728 b 14.

16. *Ib.* IV, 1, 765 b 18-35.

17. *Ib.* I, 20, 728 a 18-25.

18. *Ib.*, 19, 726 b 9-10; 727 a 34-36; 20, 728 a 19-21. También da a entender Aristóteles que el esperma es un residuo útil que queda después de cocer

ba una fuerte dosis de calor vital, del que carecían las hembras, para la obtención del esperma a partir de la sangre, esa dosis ha de ser, evidentemente, mayor. El esperma es él mismo calor vital, energía psíquica —vehiculada, por supuesto, con un componente material¹⁹. Por eso, después de la copulación, y una vez expulsado, sobreviene un relajamiento o agotamiento que es debido justamente a la pérdida de vitalidad, de quantums de energía, puesto que el esperma es puro calor biótico²⁰. Las primeras andanadas con que empieza la eyaculación están todavía un tanto soasadas por respecto a las siguientes, ya en sazón. De ahí que el semen del principio sea más acuoso, mientras el postrero es más blanco y espeso²¹. En algunos casos incluso tiene un aspecto sanguinolento²², signo inequívoco de que la sangre no alcanzó el punto de maduración. Su blancura se debe a que el líquido seminal es una espuma, y toda espuma es blanca, como se ve con la nieve o cuando se agita una mezcla de aceite y agua. Ya lo notaron los antiguos, que dieron a la diosa que preside las relaciones sexuales un nombre derivado del término espuma²³.

Las hembras de los animales sanguíneos y la mujer no logran elaborar esperma. El líquido o secreción sanguinolenta que llamamos sangre menstrual es precisamente semen no cocido, impuro, necesitado aún de una elaboración posterior. Si consiguieran confeccionarle, entonces no tendrían las reglas, pues éstas son el residuo de una mala cocción. De hecho, es imposible que en un mismo sujeto se den dos secreciones espermatícas. Si las hembras ya tienen el flujo menstrual, es claro que no tienen la otra²⁴. Algunos han pensado que las hembras aportan en el coito su parte de semen, puesto que el placer que

el quimo. La sangre sería el producto final de esa cocción. Cfr. *De Gen. An.* I, 18, 725 a 3 ss.

19. *Ib.* II, 4, 739 a 9; I, 19, 726 b 11-13.

20. *Ib.* I, 18, 725 b 6-8.

21. *Ib.* II, 4, 739 a 9-13.

22. *Ib.* I, 19, 726 b 9.

23. *Ib.* II, 2, 736 a 8-21. Se refiere a Afrodita. Espumear se dice en griego "aphreô".

24. *Ib.* I, 20, 728 a 26-30; 19, 726 b 30-727 a 2; 727 a 25-30.

algunas de ellas experimentan a veces es comparable al de los machos, y también porque emiten una secreción líquida. Pero no es así. El placer, en efecto, que acompaña a la cópula no tiene su origen únicamente en la emisión de esperma sino asimismo en la retención del aliento. Por eso los jóvenes que aún no pueden emitirlo así como los varones estériles sienten igualmente ese placer. De otro lado, la secreción líquida de que se habla no proviene de las partes en que sienten las hembras el placer, sino de lugar distinto. Pero, sobre todo, si se enfoca la cuestión de una manera global, es menester admitir que se dan dos principios: uno que engendra y otro de donde sale lo engendrado. Allí donde las funciones están separadas en sujetos distintos, la naturaleza del agente será diversa de la del paciente. Si lo masculino es como el motor y el agente, lo femenino, en cambio, en cuanto femenino, como el paciente, la hembra no puede aportar esperma al esperma del macho sino materia. Cosa que muestran los hechos. La naturaleza, en efecto, de los menstruos pertenece al ámbito de la materia primordial²⁵.

Así pues, el principio femenino carece de animalidad suficiente, de calidad vital, para producir sangre, alimento primero de los animales sanguíneos, en la misma abundancia en que lo consigue el principio masculino. Con respecto a la elaboración de esperma, su incapacidad es total. Sólo el macho lo logra, evidenciando que su forma, su naturaleza o esencia, es más cálida, más actual, más perfecta. A este particular, es decir, respecto de las funciones nutritivas, lo femenino se define por ser una *impotencia*²⁶: no puede, en la misma medida que el macho, metabolizar el quimo en sangre, alimento primero de los sanguíneos, debido a la frialdad de su naturaleza, y no puede en absoluto metabolizar la sangre en esperma, por la misma razón, cosa que sí puede el macho. Cotejada con éste en cuanto a esta última competencia, la hembra es como un *macho estéril*²⁷.

Por la función que otorga al calor vital y por la carencia del

25. *Ib.*, 20, 727 b 33-729 a 34; 21, 730 a 24-28.

26. *Ib.*, 728 a 18-21; IV, 1, 765 b 8-18; 766 a 1-3.

27. *Ib.*, I, 20, 728 a 17-18.

mismo en las hembras explica Aristóteles otra serie de fenómenos de importancia casi anecdótica, pero que, no obstante, contribuyen a esclarecer este tema. Las reglas ocurren al final de mes (lunar, se entiende) porque por esas fechas la luna decrece y desaparece, la luz y el calor que irradia disminuyen, y las hembras encuentran más difícil rehogar la sangre²⁸. El menor acopio de ésta es causa de que las hembras tengan las venas menos pronunciadas que los machos y de que su aspecto general sea más pálido. Poseen una piel fina y suave debido a lo siguiente: los residuos que deberían producir los efectos contrarios, es decir, una piel áspera y rizada, son evacuados en las reglas por estar mal cocidos y no ser por ende asimilables²⁹. La calvicie es provocada por una pérdida fuerte de energía térmica. Basta saber que para Aristóteles el cerebro es una masa fría y húmeda cuyo cometido estriba en refrigerar el órgano en que se acumula el ardor vital, el corazón. Si el cerebro es frío, también la piel que lo cubre, y más aún los pelos que se adhieren a ella. El efecto del acto venéreo es el de enfriar el cuerpo, pues el esperma que se expulsa es puro calor natural. Este enfriamiento repercute sobre todo en el cerebro, ya frío de por sí, con la consiguiente caída del cabello. Por eso nadie se vuelve calvo antes de haber gustado de los placeres de Venus. Los varones lascivos encalvecen primero y su vida es más corta. La caída del pelo afecta principalmente a la parte superior de la cabeza, región donde está situado el cerebro. Las mujeres no se tornan calvas. Su naturaleza es como la de los niños: ni unas ni otros son capaces de tener una emisión espermática, por lo que no padecen la refrescadura que ocurre a los varones. Tampoco al eunuco se le cae el pelo, a causa de la afeminación de que ha sido víctima³⁰. Del tema de la calvicie da Aristóteles otra explicación, como luego veremos.

28. *Ib.* IV, 2, 767 a 2-8; II, 4, 738 a 16-21; *De Part. An.* IV, 5, 680 a 31-35.

29. *De Gen. An.* I, 19, 727 a 15-25.

30. *Ib.* V, 3, 783 b 8-784 a 22.

Crecimiento

Dos principios muy sencillos aclaran este proceso según la teoría aristotélica.

En primer lugar, el acopio y asimilación de alimentos que se necesitan para crecer estará en relación directa con las reservas caloríficas del animal. Si son ricas, podrá metabolizar mayor cantidad de sustancias propiciando de esta suerte su medro. Si son pobres, el efecto será el contrario. Así, los animales sanguíneos son, en términos generales más corpulentos que los no sanguíneos³¹. En cualquier especie, aunque hay excepciones, la hembra es más diminuta que el macho³². Las hembras de los sanguíneos *son manifiestamente inferiores en tamaño corporal* a los machos³³. Por la misma razón (falta de calor para transformar los nutrimentos) las hembras, de su natural, *viven menos tiempo* que los machos, pues su dotación técnica se agota antes³⁴. Sólo cuando los machos son lascivos o viven fatigosamente envejecen y mueren primero que las hembras; el derrame espermático y la fatiga desecan, y la vejez es seca, terrosa, al igual que la muerte, fría y seca también³⁵. En las regiones frías la vida es más corta³⁶, existiendo a este particular diferencias de país a país y de un agua a otra: la calidad del alimento y el estado del cuerpo —su humedad o sequedad— dependen esencialmente del aire ambiente y del líquido contenido en las viandas³⁷. De ahí que un mismo animal alcance más años de vida en zonas calientes que en zonas frías³⁸. Es decir, la hembra es menos cálida que el macho y, consiguientemente, rinde menos y agota antes su provisión de energía.

En segundo lugar rige el principio económico de la distribución de los alimentos elaborados y sus residuos. Si se destinan preferentemente a unas funciones y órganos, las otras se verán

31. *Ib.* II, 1, 732 a 21.

32. *Ib.* I, 19, 727 a 19-20.

33. *De Gen. An.* I, 19, 727 a 24-25.

34. *De Vita*, 466 b 14-16.

35. *Ib.*, 4-14; a 19-20.

36. *Ib.*, 465 a 9-10.

37. *Ib.*, 465 a 9-10.

38. *De Vita*, 466 b 16-17.

menoscabadas. Las mujeres y los varones grasos, por ejemplo, disponen de poco esperma, por lo que su inclinación hacia los placeres sexuales es poco acentuada. Se debe a que la grasa, como el esperma, es sangre bien elaborada; si ésta pasa a engrosar las carnes, queda poca para transformar en semen (en los varones) o es escaso el residuo menstrual (mujeres)³⁹. Por lo mismo, los animales de gran tamaño son menos fecundos, pues emplean masivamente el material digerido en el mantenimiento de su volumen⁴⁰. Tales animales viven más largamente⁴¹. Los pelos se forman de los residuos espermáticos. Por eso los varones velludos son señaladamente lascivos⁴². Nadie se vuelve calvo antes de gustar del placer sexual, es decir, cuando el desgaste de esperma priva a los cabellos de su nutrición. A quienes abusan de la actividad venérea se les hundén los ojos, pues éstos son, de entre las partes de la cabeza, los que surten más abundantemente de esperma⁴³. Con la enfermedad y la vejez la porción de substancias nutritivas que se van a los órganos capitales disminuye, mientras que los residuos se incrementan; de ahí que en esas circunstancias los cabellos crezcan más. Cuando la vejez está muy adelantada y los mismos residuos empiezan a escasear, hasta el mismo cabello se cae⁴⁴.

La manifiesta inferioridad física de la hembra así como la de los niños y ancianos explica que todos ellos tengan la voz más aguda que la de los varones. La voz se produce al mover un cierto volumen de aire. Si éste es grande, el movimiento que se le imprime es lento, dando lugar a sonidos graves; si es pequeño, el movimiento es rápido y el sonido agudo. Hace falta, pues, fuerza o tensión muscular para mover cantidades grandes de aire y emitir sonidos graves. El varón la tiene, pero no la hembra, ni el eunuco, ni el niño, ni el anciano, ni el enfer-

39. *De Gen. An.* I, 18, 725 b 29-34; II, 7, 746 b 26-29; I, 19, 727 a 30-727 b 5.

40. *Ib.* IV, 4, 771 a 27-31.

41. *De Vita*, 466 a 26-27.

42. *De Gen. An.* IV, 5, 774 b 1-3.

43. *Ib.* II, 7, 747 a 14-17.

44. *Ib.*, 6, 745 a 10-18.

mo ⁴⁵. En los cantos la voz grave parece más noble, es decir, superior, a la aguda ⁴⁶.

Generación

El dimorfismo sexual, como ya hemos dicho, se ordena a la generación, actividad la más natural de los animales ⁴⁷. La contribución de ambos principios a la misma es diferente. El resultado natural del proceso generativo es el macho; la hembra es un producto paranatural. Vamos a exponer estos dos puntos.

Lo masculino y lo femenino se distinguen, como dijimos a propósito de la nutrición, por una cierta potencia (*dynamis*) que posee el primero y una cierta impotencia (*adynamia*) de que adolece el segundo. El macho, en efecto, produce esperma, en el cual se contiene y vehicula la forma o psique sensitiva del futuro animal. La hembra, por el contrario, no elabora esperma. La sangre menstrual es como el semen sanguinolento que a veces expulsan los machos, a saber, sangre que, por su falta congénita de calor, la hembra no ha podido transformar en semen. El menstuo es un esperma impuro al que le falta una sola cosa: el principio del alma (sensitiva). De ahí que la hembra sea como un *macho mutilado* ⁴⁸. La mutilación de la hembra por tanto —la expresión más famosa y repetida de la teoría aristotélica en este contexto— se refiere primordialmente a la semilla femenina, por cuanto no es portadora de alma sensitiva. Ahora bien, este alma o forma es lo que define al animal, lo que le da su naturaleza. Por consiguiente, sólo el macho es propiamente principio *generador*. Su esencia como masculino estriba en la capacidad de generar; la esencia de lo femenino, en cambio, estriba esencialmente en ser aquello en donde se genera, en prestar la *materia* ⁴⁹. La hembra, sin embargo, sí es capaz de elabo-

45. *Ib.* V, 7, 787 a 28-788 a 34.

46. *Ib.*, 786 b 35-787 a 2.

47. *De An.* II, 4, 415 a 26-28.

48. *De Gen. An.* II, 3, 737 a 28-30. La traducción latina dice "mas occasionatus". Sobre su origen y diversas variantes cfr. WINANDY, Jacques: *La femme: un homme manqué?*, en *Nouvelle Revue Théologique* 99 (1977) 865-870.

49. *De Gen. An.* II, 4, 738 b 20-23; I, 22, 730 a 28-b 1.

rar semen (menstruo) con alma nutritiva, como se deduce del caso de los huevos hueros, los que no están fecundados por el macho, que llegan a corromperse, lo que arguye que participan de la vida de alguna manera, a saber, a nivel nutritivo o vegetativo⁵⁰.

La acción del esperma masculino sobre la materia o semilla suministrada por la hembra es análoga a la que el cuajo efectúa sobre la leche: ésta es el cuerpo, y el cuajo el principio coagulante que reúne a las partes idénticas y forma la cuajada, todo ello merced a su calor o dinamismo vital⁵¹. El esperma del macho contiene la forma sensitiva, esto es, la potencia energética o impulso vital que conducirá al embrión —el embrión es la mezcla de ambas semillas, la masculina y la femenina⁵²— a su desarrollo completo según el modelo natural de la especie⁵³. Es como la idea del artista, esto es, el elemento que configura la materia sobre la que aquél trabaja, de suerte que la obra producida es en todo equivalente a esa idea. Sólo que la «idea» o programa entitativo y dinámico del embrión le es inmanente. A este respecto la materia femenina juega un papel *pasivo*, mientras el esperma masculino hace de demiurgo, de principio estructurante y *activo*⁵⁴. De todas maneras, el esperma no es más que un instrumento del alma, un vehículo de la misma. De suyo, no es indispensable. El animal macho transmite a veces la energía vital o psique sin este intermediario. En algunas especies de insectos, por ejemplo, se ha observado que la hembra introduce ella misma un órgano equivalente al útero en el cuerpo del macho, y éste, sin segregar ningún esperma, insufla directamente el alma sensitiva. Ocurre lo mismo con algunos artistas, que modelan la materia y le imprimen la «idea» con las manos sin valerse de ningún instrumento⁵⁵.

Por lo que mira al producto final de la generación, ha de ser

50. Ib. II, 5, 741 a 16-32; I, 22, 730 a 30-32.

51. Ib. II, 4, 739 b 20-22; I, 20, 729 a 11.

52. Ib. I, 18, 724 b 12-19; 20, 728 b 34-36; 23, 731 a 5; II, 3, 736 b 9-10.

53. Ib. IV, 3, 767 b 15-18.

54. Ib. I, 20, 729 a 29-34; 21, 730 a 24-28.

55. Ib., 21-22, 729 b 22-730 b 32.

un macho, evidentemente. La acción demiúrgica del esperma masculino sobre el menstuo femenino hay que entenderla al modo en que la forma en general actúa sobre la materia, vale decir, organizándola de acuerdo con el esquema entitativo y operacional con el que ella se identifica. En el orden de los productos artificiales, la idea que tiene el artesano sirve de guía para todos los movimientos que éste realiza a la vez que condiciona los instrumentos a utilizar y la materia (el material e instrumentos para construir un barco son diferentes de los que se precisan para pintar un cuadro) ⁵⁶. De igual manera la naturaleza intenta plasmar la forma. En el caso de la generación, la idea o forma la contiene el esperma masculino. Luego será un macho lo que naturalmente pretende realizar. Si un artista trabaja bien y cuenta con la materia y los instrumentos adecuados, proyectará perfectamente su idea o concepción en la obra ya terminada. Si la naturaleza trabaja bien y su materia e instrumentos son los adecuados, su obra, en el proceso de generación, será perfecta: un macho. La hembra, como otra clase de monstruos, se debe a algún defecto de los factores que intervienen en la generación o a algún transtorno en este proceso.

La causa que entorpece y desvía el curso de la generación puede residir en la materia, es decir, en el menstuo femenino que no se halla en las debidas condiciones, o también en el esperma del macho cuando no tiene la potencia o vigor adecuados. Si la sangre de la hembra es demasiado húmeda, el calor de la forma, aunque sea de suyo suficiente, no logrará cuajarla como conviene para formar un embrión macho. Y, viceversa, estando el menstuo femenino en las debidas condiciones, si la forma es débil, no conseguirá tampoco dicho efecto ⁵⁷. Se requiere una correspondencia, un justo medio. Parejas que resultan estériles o que dan a luz hembras (niñas), si cambian de

56. Ib. II, 1, 734 b 34-735 a 4; 4, 740 b 24 ss.

57. Ib. IV, 1, 766 a 18-22; 766 b 12 ss.; 3, 767 b 15-23. Aristóteles recuerda que el principio agente sufre también la influencia del principio pasivo en diversos grados (*De Gen. An.* IV, 3, 768 b 15-37), pero esto no afecta a su tesis de que lo femenino representa la parte material y pasiva en la generación.

compañero recobran la fecundidad y pueden dar a luz machos (niños). Es porque con los primeros no guardan la debida proporción, sí, en cambio, con los segundos. Es lo que sucede al cocer los alimentos: si el fuego es demasiado fuerte, los quema, si débil, los deja crudos⁵⁸. Por ley natural, no obstante, los machos jóvenes y los avanzados en edad están faltos del calor vital necesario. Los primeros porque no han llegado a la sazón —destinan al crecimiento la mayor parte de las substancias metabolizadas y su esperma es excesivamente acuoso—, y los segundos porque ya han entrado en declive con la consiguiente pérdida de energía térmica. Unos y otros engendran por ello hembras con mayor frecuencia, al revés que las parejas en la fuerza de la edad, en sazón, maduras, que engendran habitualmente machos⁵⁹. También los cuerpos más húmedos y más femeninos así como los espermias húmedos dan lugar con preferencia a hembras. Y las aguas frías y duras, contenidas en los alimentos, provocan en ocasiones la esterilidad, otras veces el nacimiento de hembras⁶⁰.

El embrión femenino tarda bastante más en desarrollarse que el masculino: proviene de un semen menos fuerte o de un menstruio más húmedo, y, puesto que la diferenciación de las partes del embrión se realiza mediante sucesivas cocciones, el menor calor de que dispone es causa de su retardo. En cambio, una vez nacida, la hembra, dada su talla más pequeña, necesita menos cantidad de alimentos y de calor para mantenerse, por lo que alcanza antes que el macho la pubertad, la edad madura y la vejez. También las obras artificiales, si son pequeñas, se acaban primero. Y es que las hembras son de su natural más débiles y frías. El feto masculino proviene de un esperma vigoroso —ha logrado dominar a la materia o menstruio e imprimir en él su propio movimiento—, de ahí que su desarrollo embrionario sea rápido. Entre los hombres, al contrario que en otras especies animales, es frecuente que los niños nazcan con

58. *Ib.*, 2, 767 a 13-28.

59. *Ib.*, 766 b 29-34. WILSON, Edward O., insinúa la misma teoría en su obra *Sobre la naturaleza humana*, México, FCE, 1980, pp. 64-65.

60. *Ib.*, 767 a 33-35.

más defectuosidades que las niñas. La razón es que el feto masculino posee más calor, más vitalidad, por lo que se agita más impetuosamente, se golpea contra las paredes del útero y se ocasiona daños. También entre los hombres los gemelos de distinto sexo suelen malograrse, pues nacen a la vez, lo que es contra el orden natural, al necesitar el macho menos tiempo que la hembra para su formación. O él nace con retraso o ella es prematura ⁶¹.

También las circunstancias externas, las térmicas sobre todo, influyen en el resultado de la generación. La maduración se inicia y se debe al calor propio e interno de cada animal, pero se la puede interferir desde fuera, como se hace, por ejemplo, con los baños cuando se quiere facilitar la digestión⁶². Cuando en el momento del apareamiento soplan vientos del norte, que son secos, los animales conciben predominantemente machos, al revés de cuando los vientos son australes que, por ser más húmedos, favorecen la concepción de hembras. Los pastores saben esto y, según quieran machos o hembras, procuran que la monta se efectúe cuando hay viento boreal o del sur respectivamente. Incluso prestan atención a que los animales miren a uno u otro punto cardinal. Parece, pues, que cualquier pequeño detalle repercute en el grado de calor o frío y, consiguientemente, en el producto final de la procreación ⁶³.

Así, pues, bien porque la materia no está dispuesta o porque la forma es débil, bien sea porque entre ambos principios no existe la debida proporción, o bien, finalmente, por la interferencia de otras circunstancias, ocurre que en lugar de un macho, que es lo que pretende la naturaleza animal y a lo que está ordenada, es una hembra la que es concebida. En efecto, por razón de la causa formal y eficiente el desenlace natural de la mezcla de ambas semillas (la masculina y la femenina) habría

61. *Ib.*, 6, 775 a 4-27. En *Hist. An.* VII, 3, 583 a 34-b 5 señala Aristóteles que el embrión empieza a moverse en la parte derecha del seno materno hacia los 40 días si es de sexo masculino, y en la parte izquierda y hacia los 90 días si lo es del femenino.

62. *Meteor.* IV, 2, 379 b 24.

63. *De Gen. An.* IV, 2, 766 b 34-767 a 13.

de ser macho. Este es el principio propiamente generador, el que induce en el cuerpo o semilla aprestado por la hembra su propio movimiento vital, su forma. La formación de un macho sería, pues, lo consentáneo, lo natural. La formación de una hembra es una ocurrencia *para-natural*⁶⁴, una errata, un lapsus de la naturaleza.

Por razón de la causa final, es decir, la expresión acabada, buena y mejor, que alcanzan habitualmente o siempre los individuos de la especie y que constituye la meta natural del desarrollo de los animales, también sería el macho, el adulto, sano y completo, el que daría cabal cumplimiento a estos afanes teleológicos del proceso procreativo. La hembra se aparta de este arquetipo natural siempre y es, por tanto, un *monstruo*⁶⁵. Una monstruosidad es para Aristóteles cualquier desviación por respecto al modelo estadístico de la especie. Un hijo que no se parece a sus padres es ya un pequeño monstruo. La hembra nunca llega a reproducir en sí el patrón o paradigma de su especie, el macho. Entra, pues, indefectiblemente en los dominios de la teratología. No obstante, es un monstruo que la misma naturaleza determina, porque allí donde lo masculino y lo femenino se hallan en sujetos distintos, la hembra es necesaria para la perpetuación del género. Pero su necesidad no es teleológica sino accidental⁶⁶. Por respecto al fin, al que nunca llega a auparse, es un *error*, un fallo al blanco, como todos los monstruos⁶⁷.

b. *Inferioridad esencial de la hembra*

La esencia de una cosa se conoce por sus operaciones, pues el obrar sigue al ser y un modo específico de obrar a un modo específico de ser. De manera regular la hembra muestra, por comparación al macho, un comportamiento mediocre. Ello es

64. *Ib.*, 4, 770 b 9-10.

65. *Ib.*, 3, 767 b 8. Los capítulos 3 y 4 de este libro IV están consagrados a la teratología.

66. *Ib.*, 8-15.

67. *Phys.* II, 8, 199 b 4.

prueba de que su naturaleza o esencia, origen de ese comportamiento, está tocada de un defecto congénito.

Ya hemos visto que la intuición en que se apoya la idea aristotélica del proceso vital es la de maduración. El ciclo de la vida es como un movimiento ascendente que aboca a la madurez y que luego declina hasta extinguirse. Dentro de él cabe puntear distintos tractos de maduración parciales, que Aristóteles ilustra también de la mano de su teoría culinaria de las cocciones. Es en la cima de esta curva donde los vivientes ejecutan en plenitud —caso de que les sea permitido— su propia naturaleza en el grado o expresión más cabal de la misma. Son entonces adultos, están biológicamente madurados. La fuerza que les empuja a esta cima es el calor. Si éste es exiguo, quedarán agraces, inmaduros. Este calor es interno al animal, pero su acción puede entenderse a semejanza de la que el sol ejerce sobre las mieses y los frutales. Es un calor psíquico, neumático, una especie de aliento o espíritu cósmico que bien pudiera equipararse al orgón de Reich, al elan vital de Bergson o tantas otras versiones de esta misteriosa energía que constituye la vida. Aristóteles denomina «astral» a este fuego o calor y le connumera como el quinto elemento al lado de los cuatro tradicionales —tierra, agua, aire, fuego. El sol lo emite, y provoca en ocasiones la emergencia de la vida —la llamada generación espontánea, no muy diferente de lo que Reich dice de sus biones—, y el hombre mismo es engendrado, de acuerdo con Aristóteles, por el hombre y por el sol⁶⁸. Los machos son más cálidos que las hembras. Estas son débiles y frías, tanto que, como queda dicho, no pueden acabar a la perfección algunas operaciones vitales o no pueden en absoluto. Lo femenino se caracteriza por ser una *deficiencia o carencia natural, esencial*⁶⁹: la de calor.

Esta deficiencia fundamental, anímica, se traduce en una serie de desmedros o amputaciones a lo largo de los diferentes niveles entitativos y sus operaciones. La hembra es siempre defectuosa por tres de las causas naturales si no lo es por las

68. Ib., 2, 194 b 13.

69. *De Gen. An.*, IV, 6, 775 a 15-16.

cuatro. Bajo el punto de vista de la causa formal, es la astenia de la misma lo que conduce a su hacimiento. Bajo el punto de vista de la causa eficiente, la hembra está inhabilitada para rematar las funciones vitales: nutrición, crecimiento, generación. Bajo el punto de vista de la causa final, la hembra, mal provista de energía, no logra darle a su esencia la hechura típica y natural de su especie, tal como se manifiesta en los ejemplares adultos y masculinos de ésta. Está siempre en fáfara. Finalmente, la mala disposición de la materia (causa material) es a veces el factor al que la hembra debe su existencia.

En el juego comparativo que Aristóteles establece entre ambos sexos, las defectuosidades del femenino se remiten sin excepción a la esencia, nunca a aspectos orgánicos externos. Su impotencia o frigidez no tiene nada que ver con la sexualidad sino con la carestía de calor, el atributo más importante de la forma animal. La esterilidad o amputación de que es víctima hay que cuidarse otra vez de entenderla en el orden esencial, en el de su potencia anímica, insuficiente para producir un semen con alma sensitiva, de ninguna manera en el orden sexual u orgánico, al estilo de Freud. Su pobreza térmica constitutiva es asimismo la causa de que la hembra no pueda madurar, mejor, madurarse. En su mejor momento no traspasa el estadio de un fruto zorollo, agraz; es como un racimo pintón o un trigo cerondo a perpetuidad. Sólo el macho dispone del acopio adecuado de calor interno que le permite granar o, mejor, granarse. Es decir, la hembra nunca llega a ser macho, pues el macho es el representante de la naturaleza de cualquier especie animal. La naturaleza animal, en efecto, es la naturaleza masculina. Esta es la clave de la teoría aristotélica de los sexos.

A tenor de este planteamiento es claro que la hembra —la mujer para los hombres— no constituye un propósito de la naturaleza particular. No tiene causas ni entidad propias. Los agentes naturales pretenden de suyo engendrar un macho. Su mala mano o la intercepción de algún factor externo hace que el efecto a producir no se les logre del todo, de suerte que en lugar de lo que buscaban les salga una pequeña chapuza, una pifia, vale decir, un macho deteriorado, falto de algunas per-

fecciones. Esto es precisamente la hembra. Esta, pues, no tiene causas propias —no es una necesidad teleológica—, puesto que es producida por las específicas del macho en cuanto afectadas de alguna deficiencia. Ni tiene una entidad de por sí, autónoma o substantiva, sino que su ser son los restos de masculinidad que se han salvado de la intentona frustrada de los agentes naturales. La deficiencia que afecta a la entidad masculina es lo que hace que sea hembra. Es la metafísica del mal —que ni tiene causas directas ni subsiste por sí mismo— aplicada al género femenino. Lo malo es siempre otra cosa a la que le falta algo debido a su naturaleza. Así también la hembra es otra cosa —un macho— al que le faltan las perfecciones que de suyo le competen.

La cuestión aristotélica de si el sexo constituye una diferencia especificadora, es decir, si machos y hembras pertenecen a especies diferentes, ya está resuelta, en principio, en este planteamiento. Si la mujer es un varón (estéril, mutilado, monstruoso...) pertenece, desde luego, a la especie humana ⁷⁰. Pero esto no es ningún argumento recóndito y sofisticado que redima a la teoría aristotélica de los sexos de su antifeminismo, como últimamente sugieren algunos autores. Si la mujer formara una especie aparte de los varones, no tendríamos cuestión feminista, igual que si los esclavos o los estúpidos no fueran hombres tampoco tendríamos problema racial. La desdicha estriba en que hace de la mujer un hombre, pero imperfecto de su natural, mientras que del varón hace un hombre perfecto. Peor aún, concibe a la mujer como si fuera un varón malogrado, venido a menos, chasqueado, ya que para Aristóteles la naturaleza humana es tanto como la naturaleza masculina. La mujer es un hombre por lo que tiene de varón, y un varón defectuoso por lo que tiene de mujer.

2. NIVEL SOCIAL

La forma o psique por la que los animales efectúan sus operaciones es tanto más divina y perfecta cuanto dispone de más

70. *Met.* X, 9, 1058 a 29-b 25.

calor. La misma psique se puede entender al modo de un fluido cósmico, inmaterial y tibio, que al maridarse con la materia la vitaliza. Entre los animales sanguíneos, los más calientes predominan asimismo por su animosidad e inteligencia⁷¹, y el hombre es de todos los animales el que tiene el calor más puro en el corazón. En contrapartida, su cerebro es sobremanera húmedo y voluminoso a fin de salvaguardar bien equilibrada la mezcla de los humores. Así se manifiesta en su superior inteligencia, ya que el hombre gana a todos los animales en cuanto a esta facultad⁷². Sabemos que la mujer, como la hembra en general, posee un alma fría, al contrario que el varón. De aquí puede deducirse que su inteligencia está por debajo de la masculina. Aristóteles no afirma explícitamente este extremo, pero al tratar de la sociedad familiar y política son tantas las expresiones en que lo deja traslucir que no permite abrigar duda ninguna sobre su menoría intelectual. De ahí que hayamos abordado el tema de la inferioridad específica de la mujer por respecto al varón en el campo de la socialidad humana mejor que en el de su capacidad racional, como sería lo propio.

a. *La sociedad doméstica*

La amistad de varón y mujer es natural, pues el hombre es por naturaleza un animal conyugal antes que político. La familia, en efecto, es una institución anterior y más fundamental que la ciudad, y las funciones procreativas son, entre los animales, de una mayor amplitud que la vida en sociedad. Mientras que los animales se asocian por motivo de la prole y permanecen unidos generalmente durante el tiempo en que la crían, el varón y la mujer se asocian además para ayudarse en las necesidades de la vida. Buscan no tanto el vivir como el vivir bien. Las aptitudes de uno y otra son diferentes, pero contribuyen a gratificarse mutuamente si cada uno pone las suyas al servicio de un bien común. Por eso el fundamento de esta amistad parece ser a la vez lo útil y lo placentero, así como la

71. *De Part. An.* II, 2, 648 a 9-11.

72. *De Gen. An.* II, 6, 744 a 26-31.

virtud, caso de que sean comedidos, pues cada uno tiene las suyas propias, y también los hijos, que contribuyen a consolidar la asociación conyugal, como se desprende de la frecuencia con que se disuelven los matrimonios sin hijos. Los padres les cuidan mientras son pequeños y esperan, en pago, ser cuidados por ellos cuando se hagan viejos ⁷³.

Una familia completa se compone de esclavos y de libres. Los elementos simples de la misma son el amo y el esclavo, el esposo y la esposa, el padre y los hijos. Conviene analizar los tres tipos de relaciones a que dan lugar, a la primera de las cuales se denomina despótica, a la segunda, conyugal (aunque no hay nombre propio para ella), y a la tercera, procreativa (que tampoco tiene apelación específica) ⁷⁴. Algunos pretenden reducir las tres relaciones a una y hablan de una sola ciencia, la despótica, que comprendería por igual a la autoridad doméstica, a la despótica, a la política y a la regia. Otros, en cambio, no admiten la despótica, pues no hay esclavos por naturaleza sino por ley positiva o por la fuerza ⁷⁵. La administración doméstica o economía equivale a un régimen monárquico ⁷⁶, pues amo, esposo y padre son la misma persona.

La habitud de mando y obediencia es una relación no sólo necesaria sino también útil. Donde quiera existe una asociación de partes, las unas asumen el papel de gobernantes y las otras de gobernadas desde su mismo surgimiento. Así se advierte entre los vivientes, e incluso entre los seres inanimados, pues en la naturaleza rige una armonía universal. Es bueno para todas las partes implicadas, las superiores y las subordinadas, estar comprendidas dentro de este orden jerárquico ⁷⁷. Si las relaciones fueran de igualdad o inversas, les resultaría pernicioso ⁷⁸.

73. *Eth. Nic.* VIII, 14, 1162 a 16-29. Cfr. *Pol.* I, 2, 1252 a 26-b 15; *Oec.* I, 3, 1343 b 18-20. En *Pol.* I, 2, 1253 a 18-20 Aristóteles afirma que la ciudad es anterior por naturaleza a la familia y a cada uno de nosotros.

74. *Pol.* I, 3, 1253 b 4-11; 12, 1259 a 37-39.

75. *Ib.*, 3, 1253 b 18-23.

76. *Ib.*, 7, 1255 b 19.

77. *Ib.*, 5, 1254 a 21-33.

78. *Ib.*, b 9.

Hay dos tipos básicos de dominio: uno despótico, análogo al que el alma ejerce sobre el cuerpo, y otro político, como el que lleva a cabo la razón sobre el apetito. Este último recae sobre seres libres e independientes a los que es preciso persuadir, mientras el primero lo hace sobre seres carentes de autonomía operativa.

Las especies de mando y obediencia son múltiples, mas para todas ellas vale el principio de que la autoridad más excelente es la que se aplica a los mejores súbditos, es decir, que mejor pueden comprender y secundar las órdenes impartidas merced a las virtudes que les adornan ⁷⁹. Por supuesto, también el gobernante ha de ser virtuoso, esto es, ha de saber mandar. La obra, en efecto, de los que obedecen es la de quien la ordena, por lo que a éste le conviene regir prudentemente a sus subordinados bien dispuestos ⁸⁰. De ahí que sea preferible guiar a un hombre que a un animal, y a un animal doméstico, que tiene una naturaleza superior, que a un animal salvaje ⁸¹. El hombre domina a los animales al modo en que la razón a los apetitos (políticamente). Por naturaleza el macho se relaciona con la hembra como lo superior con lo inferior, el gobernante con el gobernado. Esta relación jerárquica es la que necesariamente se da entre los hombres ⁸². Pues por naturaleza lo masculino es un principio hegemónico respecto a lo femenino (si no media algún factor para-natural), como la vejez lo es por respecto a la juventud y lo terminado respecto de lo que aún está en desarrollo ⁸³. En la gran parte de los regímenes políticos los ciudadanos se alternan en las tareas de gobernar y ser gobernados para procurarse una cierta igualdad, mas en lo que concierne al macho y a la hembra aquél es siempre el que gobierna ⁸⁴.

79. *Ib.*, a 24-26.

80. *Ib.*, 26.

81. *Ib.*, b 10-12.

82. *Ib.*, 10-16.

83. *Ib.*, 12, 1259 b 1-14.

84. *Ib.*, 4-10.

La autoridad doméstica del esposo

El amo de casa conduce con autoridad despótica a los esclavos, a los que utiliza como instrumentos separados capaces de atender a razones, cosa que no pueden el buey o los aperos. Es como el dominio del alma sobre el cuerpo. A los hijos los trata el padre con autoridad regia, procurando su bien, porque los hijos son como su propia persona y nadie es malo consigo mismo. Los niños no tienen todavía uso de razón, sino tan sólo apetito, por lo que precisan de la dirección paterna. Sobre la esposa detenta el marido una autoridad política, como sobre el hijo, pero de género distinto: no es regia, sino aristocrática. Es la autoridad del mejor sobre el peor. En efecto, la esposa, al revés que el esclavo y el niño, es capaz de deliberar, si bien no lo es de tomar decisiones⁸⁵, atributo éste exclusivo de su marido, del varón en general.

La sociedad conyugal, pues, es análoga a la aristocrática, por cuanto el varón preside en virtud de su categoría y méritos superiores (y naturales). Debe ocuparse únicamente de las tareas que le son propias, remitiendo a su mujer las que son competencia de ella. Si él asumiera todo el trabajo, incluso aquél para el que no está aparejado, ocurriría como en una oligarquía en la que se gobierna al margen de la capacidad para ello. Es lo que pasa cuando una mujer recibe una heredad y la dirige: no lo hace en virtud de sus cualidades personales sino apoyada en su riqueza y en su poder. Y cuando la sociedad doméstica no tiene amo o el que tiene es tan débil que cada cual hace lo que quiere, entonces se torna una sociedad democrática⁸⁶. También la amistad entre el esposo y la esposa es de corte aristocrático, es decir, se basa en la excelencia (natural) del primero. Hay que dar al mejor la mayor parte y a los demás lo justo⁸⁷. Las virtudes de uno y otra han de medirse por este principio. Finalmente, el carácter de las mujeres postula este rango subordinado como el más razonable.

85. *Ib.*, 13, 1260 a 9-14.

86. *Eth. Nic.* VIII, 12, 1160 b 32-1161 a 9.

87. *Ib.*, 13, 1161 a 22-25.

El trabajo doméstico

El esposo es, pues, el principio hegemónico, si bien ha de dejar espacio a su mujer. Las facultades de ambos son diferentes, están ordenadas a tareas distintas y a veces opuestas pero conspiran a un mismo fin. La división del trabajo resulta ventajosa. Efectivamente, la divinidad ha creado al varón más fuerte, a la mujer más frágil. El varón, por su vigor, es más apto para la defensa y para aprovisionarse en el exterior, mientras que la mujer, por su timidez, es más apta para las tareas de vigilancia y custodia de lo intráneo. En cuanto al trabajo, la mujer es resistente para el sedentario pero flaca para el extramuros del hogar. El varón, en cambio, es malo para el sosiego y le resulta saludable la acción. En cuanto a los hijos, su procreación es obra común, mas el cuidado de los mismos es diferente: a ella toca el nutrirlos, a él educarlos⁸⁸.

Las virtudes domésticas

La excelencia moral de los miembros de la casa es más importante que la riqueza, pues las personas valen más que las cosas, las virtudes de los libres más que las de los esclavos⁸⁹. La gestión doméstica es una obra global en la que participan todos, aunque, evidentemente, no a igual título ni de igual manera. Cada quien tiene sus propias funciones y cualidades, por lo que también tendrá distintas virtudes. El actor principal es el amo, que es como el maestro de obras, el principio o logos arquitectónico, el que manda por naturaleza, y a él es a quien se atribuye la obra. En él se da en grado perfecto la virtud de gobernar así como otras virtudes. Los demás ejecutan las órdenes, cada quien a su propio tenor. Poseen virtudes también en orden a realizar las tareas que se les encomiendan.

El esposo controla a su mujer de forma distinta al esclavo, pues ella es libre y hábil para deliberar. Sus virtudes son el complemento de las facultades directivas de su marido. Su templanza, fortaleza y justicia difieren de las de éste. La for-

88. *Oec.* I, 3, 1343 b 26-1344 a 8; *Pol.* III, 4, 1277 b 24-25.

89. *Pol.* I, 13, 1259 b 18-21.

taleza de la mujer estriba toda ella en obedecer, mientras la de su esposo toda en dirigir. Sócrates enseñaba que las virtudes de una y otro son iguales, mas no hay tal, puesto que si las funciones son diversas también las virtudes que ayudan a cumplirlas⁹⁰. Si la justicia de los gobernantes es diferente a la de los gobernados y la prudencia de los primeros lo es a la de los segundos, asimismo la prudencia y la fortaleza del varón es diferente a las de la mujer. Un varón que fuera tan valiente como una mujer pasaría por cobarde, y una mujer tan discreta como un varón se nos antojaría lenguaraz⁹¹. El silencio es un adorno para la mujer, pero en modo alguno para el varón⁹². Y en una pieza de teatro no le pegaría a aquélla un papel viril⁹³.

El carácter de los sexos

El macho y la hembra son de condición muy heterogénea. Las hembras son más dulces, se calman primero, apetecen más las caricias, son fáciles de domesticar. Con la excepción de las osas y de las panteras, son asimismo menos valientes, más arteras, menos sencillas, más precipitadas, más solícitas para alimentar a sus crías. Los machos son más intrépidos, más feroces y menos insidiosos.

Esta diferencia de caracteres es más notoria entre los hombres. La mujer es más compasiva que el varón y más propensa a las lágrimas, más envidiosa, más quejumbrosa, más contumeliosa de palabra y de obra. Es más susceptible al desánimo y a la desesperación, más procaz y mentirosa, artera, de memoria tenaz, duerme menos y es más indecisa. En general la hembra es menos activa que el macho y precisa de menos alimento. El macho responde más presto que la hembra a las llamadas de auxilio⁹⁴.

90. *Ib.*, 1260 a 14-24.

91. *Ib.* III, 4, 1277 b 17-23.

92. *Ib.* I, 13, 1260 a 30-31.

93. *Poet.* 14, 1454 a 20-22.

94. *Hist. An.* IX, 1, 608 a 21-b 16.

b. *La sociedad política*

La ineptitud de la mujer para protagonizar una tarea dirigente en el ámbito de la gestión del Estado o polis es un corolario que se desprende fácilmente de cuanto venimos exponiendo. La prudencia política se consume en el acto de decidir, subsiguiente a la deliberación, y la mujer, si bien alcanza a deliberar, no goza de facultades decisorias⁹⁵. Eso sí, siendo la familia una parte de la ciudad, es de capital importancia educar a los miembros de la familia, mujeres y niños, en la práctica y respeto de las virtudes cívicas, pues las mujeres solas son ya la mitad de la población libre de una polis o Estado⁹⁶. A este particular trae Aristóteles a colación el caso de las mujeres de Lacedemonia que, faltas de constrictión legal, se dieron a la vida licenciosa, desordenada y muelle, lo que trajo consigo grandes males. Así se mostró cuando la invasión de los tebanos: en esa circunstancia no sólo resultaron absolutamente inútiles, cosa que son las mujeres en cualquier Estado, sino que, además, causaron más trastornos que los mismos enemigos⁹⁷.

Emilio G. ESTEBANEZ

95. *Pol.*, I, 13, 1260 a 12-14.

96. *Ib.*, b 13-20.

97. *Ib.*, II, 9, 1269 b 12-1270 a 1.